

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

25 de enero de 1890

Núm. 117



LOS NIÑOS DE FRANCIA: NODRIZA FRANCESA



## UN RATO DE CHARLA

**F**ELICITÉMONOS todos de que la enfermedad que ha padecido S. M. el Rey de España haya sido, como han dicho los médicos de cámara, una *gastro-enteritis*, y de que en manera alguna se haya tratado de ninguna *meningitis*.

Pero, á la verdad, ¿no van á reirse un poquito los médicos del extranjero cuando vean que en nuestro país se usa todavía el ridículo terminacho de *gastro-enteritis*?

A juicio de muchos S. M. el Rey habrá tenido quizás lo que se llama una *gástrica*, ó, si se quiere, un *catarro gastro-intestinal febril*. ¿Por qué entonces no decir eso en vez de aquello otro á que me refería?

Lo mismo que el famoso *colapso cardíaco*, que tanto asustó á la gente: ¿por qué no decir que S. M. había tenido un síncope, una lipomía, un desmayo, un desvanecimiento, y no venir con aquellas palabras tan gordas que parecía significaban que iba á hundirse el mundo?

Viniendo ahora á otro linaje de censuras, cabe desear que la idea emitida por el Sr. Castro y Serrano tocante á la corrección de estilo de los documentos que salen en la *Gaceta*, se aplique también á los partes de los médicos de cámara, los cuales, si por un lado han brillado por sus faltas de tecnicismo científico, por otro lado constituyen admirables monumentos antigramaticales. No se dirá que la literatura les distrae á nuestras eminencias médicas del cultivo de la patología. Véase una muestra: «S. M. ha ofrecido, á partir de la hora del *parte* anterior, una remisión febril más acentuada que en los días pasados, siendo, por lo demás, el mismo su estado general.»

También la mala literatura ha dejado sentir sus efectos en las listas de la mayordomía. Hay ciudadanos españoles que no pueden remediarlo: han de emitir su parecer en verso, aunque resulte del tenor siguiente:

El español es valiente  
como también generoso:  
hoy sufre al ver lo que siente  
la calenturienta mente  
de ese rey tan cariñoso.

Después de lo cual, ese poeta, que no dudo debe ser una excelente persona, buen padre de familia, esposo tierno, hijo ejemplar, se habrá quedado tan contento.

Tenemos el lirismo metido en la médula de los huesos, y á trueque de poder disparar una redondilla nos quedaríamos sin almorzar. Pueblo



sensible, pero de instable formalidad, nos entusiasmos hoy por lo que ayer no nos hacía entusiasmar nada, salvo convertirse después en otra dirección nuestro entusiasmo.

Á mí lo que me ha gustado muy de veras ha sido el espectáculo dado por el pueblo de Madrid acudiendo á remediar las necesidades de sus convecinos. El arranque ha sido conmovedor y da lugar á concebir las más halagüeñas esperanzas.

Á todo esto parece que, á Dios gracias, vaya bajando ya la fuerza de



Habitación de los niños

la epidemia que nos ha tan soberanamente aburrido desde primeros de diciembre. Si en todo país constituye una alteración de este orden una verdadera calamidad, sube de punto en España, donde cualquier cosa trastorna el estado social, dando lugar á que se agiten todas las malas pasiones que caracterizan la verdadera indole de ciertos elementos. Aquí se ha dado el escándalo de que, aprovechándose de las circunstancias, haya subido el precio de los artículos de primera necesidad, y el que no ha contado con recursos suficientes ha tenido que pasarse sin caldo la enfermedad.

Con todo, el país no parece haberse enfadado en gran manera de esta piratería. Diríase que, siguiendo al pie de la letra los preceptos de Santa Teresa, el pueblo español, resignándose á todo, murmura á cada paso: *Nada te turbe, nada te espante.*

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





## LORENCITO

(DÉBIL TESTIMONIO DEL AFECTUOSO CARÍÑO QUE TU HERMANA TE PROFESA)

**R**ECUERDO, hermano mío, que no hace muchas noches, al amor de la lumbre y en compañía de nuestros queridos padres y hermana, con amable sonrisa y cariñosas palabras me rogabas que te contara un cuento. Podría haber saciado tu petición diciéndote uno de los de Perrault, Grim ú otro cualquiera de los muchos que he leído; pero mi deseo era sorprenderte con uno compuesto por mí, y aquella noche era la primera que hacía tres meses pasabas á mi lado, y mis ojos tenían suficiente con fijar sus miradas en tu hermoso semblante, mi pensamiento en hacer que mis labios, entre mil caricias, te acosaran á preguntas, y mis brazos en darte, con indecible amor, cariñosos y repetidos abrazos. Pero, para que veas que jamás te olvido, hoy que otra vez he tenido el desconsuelo de que nos volvamos á separar y he recordado tu petición, te dedico mi humilde cuento, poniéndole tu nombre para que en todo lo que te sea posible le imites.

Lorencito era un niño sano, robusto y mofletudo como una manzana. A lo sumo contaría diez años. Su alegre y bondadosa expresión, su aplicación y buenos sentimientos, y su agrado para con todo el mundo, hacían que toda persona que le conociese ó tratase le tomase mucho cariño. Cuando su conducta, á juicio de su buen papá, era irreprochable, dejábale salir los domingos ó días festivos con algún amiguito digno de su compañía. También, mediante la misma condición, recibía Lorencito de su papá una moderada cantidad, la que siempre fué elogiada por el empleo que el niño le diera.

Al padre de Lorencito bien merece que le consideremos como á uno de esos señores que nunca abandonan la educación de sus hijos, pues jamás escaseaba los medios más útiles para creársela.

Nuestro simpático amiguito acostumbraba salir de paseo con su papá, todas las tardes que el tiempo lo permitía, después de salir del colegio.

Una tarde del mes de febrero, en que los ya deseados rayos del sol se deja-



ban ver después de algunos días escondidos, Lorencito, para no desperdiciar aquella animada temperatura, hallábase en uno de los paseos más cercanos á la ciudad con su bondadoso papá. Según la animación de nuestros personajes, su conversación debe ser alegre, ó al menos interesante para los dos. Enterémonos de ella, puesto que ningún obstáculo nos lo impide.

—¿Qué tal vas de aritmética, hijo mío?

—Papá, regular.

—¿Nada más?

—Nada más á mi parecer, papaíto.

—Vamos á ver. ¿Me contestarás á las preguntas que te haga?

—Probémoslo,—objetó Lorencito.

Y el papá del niño hizo á éste una infinidad de preguntas, las que fueron contestadas con el mayor acierto y prontitud.

Encantado el buen señor de las contestaciones de su hijo, no pudo menos de decirle:

—He observado tu proceder, querido hijo, y por él he visto que no te elogias á ti mismo, sino, al contrario, eres modesto como ninguno y aprovechador de las continuas máximas de tus padres y maestros. Dime: ¿serías capaz de resolver un problema que yo ahora te pusiera?

—Probaré, mi querido papá. Pero ¿cómo vas á escribir?

—Muy sencillo: sentémonos en un banco, que servirá de bufete: papel tengo y lápiz también.

—Bien, papá mío.

El papá del niño puso á éste un problema bastante difícil, el que fué descifrado con asombrosa prontitud y sin ninguna equivocación. Queriendo el bondadoso padre premiar las buenas cualidades del niño, le dijo:

—Dime qué deseas, amado hijo, pues sería una injusticia no recompensar tu buen proceder é inmejorables cualidades. Dímelo.

—Papá... nada.

—Sí: dime qué deseas, y será saciado tu gusto siempre que no sea muy costoso.

—Papá,—repuso el niño;—ya que te empeñas, te diré que quisiera una pelota. He visto una, en los escaparates de una tienda, hermosísima. ¡Qué lustrosos sus colores! ¡Qué lindos sus dibujos! ¡Qué grato el placer de poseerla! Pero esa no es para mí. Es muy grande, debe costar demasiado, y...

—Sí, tienes razón: esa que dices debe costar mucho, y de seguro te ha de hacer el mismo servicio que otra más pequeña. Toma.

Y, diciendo esto, dió al pequeñuelo una peseta.

—Papá, apenas salga mañana del colegio he de ir por ella: ¿eh?

—Sí, querido mío.

La noche había tendido su oscuro manto, y el papá de Lorencito comprendió que era hora de volver á casa. Así lo hicieron, y el pequeño corrió á besar á su mamá, que impaciente les esperaba.

Púsose después á estudiar, luego cenó, y al poco rato se marchó á la cama, deseando que amaneciera para emplear su reluciente peseta.

Como el tiempo nunca para su veloz carrera, pasó la noche y con ella las ansias de Lorencito, al que le pareció mentira ver el nuevo día. Apenas amaneció, ya estaba levantado; y, después de cuidar su estómago, dirigióse al cole-



Niño francés



gio con los libros en su linda carterita y el corazón lleno de júbilo. Dió sus lecciones perfectamente, y el profesor le dijo:

—Lorencito: tengo el gusto de decirte que esta tarde tienes que traer una geometría, y que también serás colocado el primero del colegio, pues tu mucha aplicación y buen comportamiento bien lo merecen.

Lorencito dió al profesor las gracias por sus acertadas palabras, y, llegada la hora de salida, dejó el colegio con el semblante más alegre que nunca.



En los Jardines del Palacio Real

El hermoso niño esto pensaba:—Tengo una peseta, y, teniendo yo lo suficiente para el libro, creo que no debo pedírselo á mi papá. No: aunque me quede sin la pelota, no debo...

Y en estas y otras reflexiones dirigióse á comprar el libro, resuelto á que fuese de su dinero.

Este le costó dos reales, y con los restantes encaminóse al comercio á ver si podía obtener la pelota.

Cerca se encontraba cuando vino á interrumpir su acelerada marcha una mendiga que, con dos niños de la mano cubiertos de harapos, le pedía con voz suplicante una limosna. ¡En aquellos rostros se hallaban impresas las huellas del hambre!

—¿Por qué gastar yo lo superfluo y carecer estos infelices de lo necesario? ¡Jamás lo consentiré!—se dijo para sí el caritativo niño al mismo tiempo que sacaba de su bolsillo los cincuenta céntimos; y le dijo:



—Tomad: es lo único que poseo.

Colmóle de bendiciones la pordiosera, y Lorencito se encaminó hacia su casa.

¡Qué contento estaba! ¡Qué alegría sentía en todo su ser! ¡Cuán feliz era en aquellos momentos! Pero ¿por qué era aquella alegría si su gusto no lo había saciado? ¡Pues era porque había socorrido al menesteroso, porque había dado de comer al hambriento, porque había practicado una de las obras de misericordia!

Llegó á casa y se encontró que su papá le esperaba para ver su compra; pero, al observar que nada traía, le preguntó:

—¿Y la pelota?

—Papá,—contestó el niño;—el señor maestro me dijo que esta tarde llevara una geometría. Parecióme mal pedirte dinero teniéndolo yo, y la he comprado. Me ha costado dos reales, mas con los dos restantes me dirigí por una pelota; pero ante mi paso se interpuso, con mano temblorosa y voz desfallecida, una pordiosera que, con dos niños de la mano, me pidió una limosna. Creí más justo que aquella desgraciada tuviera pan, que es necesario, que tener yo la pelota, que es innecesaria, y le entregué mi corta cantidad. ¿Está bien empleada la peseta?

—Sí, hijo mío: sí, mi querido hijo. Tú mismo, con tu buen proceder, te has hecho merecedor á la grande y deseada pelota de que me has hablado ya. Ven y sigueme.

Dirigióse el padre de nuestro amiguito al comercio donde relucía la hermosa pelota, la compró, é hizo que le pusieran con letras doradas un rótulo en el que se leía:


«A Lorencito en premio del buen empleo que dió á una peseta.»

La alegría que el niño experimentó no es para describirla, amables lectores; pero vosotros imitadle en su buen comportamiento, y con él recogeréis el fruto á su debido tiempo.

SOLEDAD MARTÍN Y ORTIZ DE LA TABLA



## MESA REVUELTA

 L *Cereus*, que florece por la noche, ó *Cactus grandiflorus*, es una planta de estufa de las más raras y delicadas que se conocen. Procede de Jamaica y de algunas islas de las Indias Occidentales. Su tallo es trepador y espinoso. La flor es blanca y muy ancha, alcanzando á veces un pie de diá-



metro. La particularidad más notable de la vida de esta planta consiste en la rapidez con que se desarrolla y muere. Empieza á abrirse una noche, florece en el breve espacio de una ó dos horas, languidece súbitamente, y antes de clarear el día se ha agostado ya.

Un poeta americano dedicó una delicada poesía á la efímera existencia de estas preciosas flores, de la cual extractamos los siguientes pensamientos:

«La noche ha levantado su velo sombrío; los mezquinos pensamientos terrenos se extinguen: saludemos la aparición de la estrella del día en el Imperio de Flora.

»Antes que te rindamos los homenajes de nuestra admiración, morirás: así desaparecen las dichas de la vida y se desvanecen los triunfos más brillantes.

»Como tu talle espinoso, lleva el dolor una flor pura: así, cuando se acaban las horas de la dicha, nace la estrella de la resignación.»

\*  
\*  
\*



A jugar

Actualmente está haciendo las delicias del público de Roma una compañía de papagayos amaestrados que actúan en un círculo de aquella capital.

El papagayo es uno de los animales más inteligentes que se conocen, y fácil de domesticar con perseverancia y buena dirección, como lo demuestra un anécdota que vamos á transcribir.

Una señora entrada en años, acompañada de un papagayo de brillante plumaje y lengua bien expedita, sentóse un día en el boulevard de Sebastopol,

en París, agasajando luego á la hermosa ave con dulces, avellanas y otras golosinas, que agradecía articulando muy claramente:

—Gracias, mi ama.

En un momento se formó un grupo de curiosos en torno de la señora y de su papagayo, el cual al observar aquel movimiento gritó:

—¿Qué queréis, tontos?

La multitud, que fué en aumento, prorrumpió en unánimes carcajadas.

—¡Majaderos, holgazanes!—chillaba el ave.

Y los espectadores, agrupados, continuaban charlando y riendo cada vez más.

—¡Imbéciles!

El corro se agrandaba.

—¡Ladrón!—repitió de pronto el papagayo. Y, fuese casualidad ó fuese instinto, el ave salta del hombro de su ama al de un curioso, á quien se encontró en la mano un portamonedas que acababa de sacar del bolsillo de su vecino.

\*  
\*  
\*

El sonido no es más que el resultado de ciertas vibraciones del aire, bajo la influencia de varios agentes: de aquí que no pueda ser producido en el vacío.



Sin embargo, se trasmite también en los cuerpos líquidos y sólidos; pero es por el aire que éstos contienen.



En los jardines de las Tullerías

El sonido se refleja como la luz, formando un ángulo de reflexión igual al de la incidencia: esto es lo que constituye los ecos.

Corre el sonido 173 toesas, equivalentes á 337 metros por segundo, ó sean 1,000 pasos por cada pulsación del cuerpo humano.



De modo que nada es tan fácil como saber lo que dista de nosotros una batería ó una tempestad, multiplicando las pulsaciones que median desde el momento en que se ve el fogonazo ó el rayo hasta que se oye el estampido del cañón ó el estruendo del trueno.

La suma ó resultado de esta multiplicación expresa la distancia intermedia que existe de nosotros á los objetos cuyas posiciones deseamos conocer.

\*  
\* \*

El espíritu de vino, y el azogue ó el mercurio, son los líquidos que sirven ordinariamente para la construcción de los termómetros.

Créese que fué el holandés Drebel el inventor del primer termómetro, en tanto que se atribuye por algunos á Santiago Mencio.

El primer termómetro apareció en 1621 ó en 1627. Fontana reclamó, treinta años después, para sí, el honor de esta invención; pero sin aducir pruebas que justificaran el hecho.

En 1657 la Academia de Florencia decidió construir termómetros con espíritu de vino, y á fines del mismo siglo Amontons consiguió perfeccionarlo, y se cree que Rinaldin fué el primero que en 1694 concibió la idea, realizada por Newton en 1701, de tomar por punto fijo el hielo derritiéndose y el agua hirviendo.

Fahrenheit en 1720 conoció que la dilatación regular del mercurio le hacía el cuerpo más á propósito para la perfección del termómetro.

Reaumur, siguiendo los pasos de Amontons y de Rinaldin, prefirió no obstante el espíritu de vino al mercurio.

Delisle volvió á usar el mercurio lo mismo que Deluc, quien mejoró tan extraordinariamente el termómetro de Reaumur que casi puede afirmarse que varió toda la construcción.

El termómetro llamado *Reaumur* está dividido en 80 partes desde el hielo al agua hirviendo, en tanto que los otros suelen tener 100 divisiones ó grados, por lo que se les llama *termómetros centígrados*.

El termómetro circular lo inventó Collet. Son varios los termómetros metálicos, siendo uno de los más sensibles y perfeccionados el de Breguet, que ha dado origen á varias imitaciones practicadas con buenos resultados.

ROSICLER





## LA HISTORIA COMO MEDIO DE AMAR Á LA PATRIA Y SER BUENO

Uno de los medios más eficaces de encender y alimentar en el corazón de las gentes la llama del amor patrio, consiste en el estudio de la *Historia*, al que todos los niños debieran consagrar algunos ratos.

Para amar bien á una persona cualquiera, es menester conocerla asimismo bien; y se consigue esto, respecto de nuestro país, mediante la historia, que, como narración de todo cuanto ha sucedido en la patria y á ella atañe, nos pone de manifiesto lo que ésta ha sido y lo que es, ha valido y vale; con lo que despierta y aviva el patriotismo hasta en las almas menos propensas á dar albergue á este tan noble y hermoso sentimiento.

Porque, en efecto, nada contribuye tanto á hacernos amar á la patria como el conocimiento de las grandezas y las desgracias, las alegrías y los infortunios, la suerte próspera y la adversa de la nación á que pertenecemos y de los hombres que á costa de todo linaje de sacrificios, incluso el de la vida, han cooperado á formarla, á desarrollar su cultura y sus intereses morales y materiales, á afianzar su poder, á ensanchar sus dominios, á echar, en fin, las bases de su civilización y de su progreso.

En este sentido, al hacernos la Historia conocer y admirar la patria en el pasado, nos mueve á quererla y servirla en el presente, y á pensar en su porvenir.

Por esto se dice que la Historia bien estudiada es la escuela por excelencia del patriotismo.

Discurriendo acerca de la necesidad de que los niños conozcan la Historia de su país, dice un escritor de nuestros días:

«La Historia, es, en efecto, una admirable escuela de patriotismo. Gracias á ella, cesa la patria de ser una fría abstracción y se convierte en una viva realidad, cuyos destinos sigue el niño á través de los siglos, regocijado y enorgullecido con sus éxitos, y conmovido y enternecido con sus reveses. Instruido en los principales acontecimientos de la historia nacional, familiarizado con los nombres de sus personajes ilustres, creará el niño entrar en una gran familia, que amará tanto más cuanto mejor la conozca; se sentirá arrastrado á defender la herencia de sus padres cuando sepa al precio de qué sacrificios la han adquirido y mantenido; estará pronto á imitar los bellos



El aro



y nobles ejemplos de sus antepasados cuando un relato fiel haya nutrido con ellos su imaginación.»

En el fondo de ese *gran cementerio*, como alguien ha llamado á la Historia, vive algo que nunca muere, palpita el espíritu de nuestros antepasados, se nos revela tal como ha sido y es el genio de la madre patria, y todos encontramos altos ejemplos de virtud que seguir y admirar.

Esto último os dice, mis queridos niños, por qué el estudio de la Historia es un medio de que disponemos para ser buenos: el fin que se le atribuye al afirmar que «tiene por objeto enseñarnos con el ejemplo de lo pasado á conducirnos en el presente y el porvenir,» lo declara también y da la razón al gran poeta Goethe, que consideraba la Historia como «eminente propia para inspirar el entusiasmo y *formar el sentido moral*,» es decir, para enseñarnos á ser buenos, no sólo con la patria, sino en todo y por todo.

Igual consecuencia se deduce de multitud de máximas debidas á grandes hombres y que han pasado á la categoría de aforismos ó dichos vulgares. Hé aquí algunas de ellas:

Según Cicerón, la Historia es escuela de la vida.

Para Tácito es la Historia la conciencia de la humanidad.

Como un comercio con las grandes almas de los mejores siglos considera el sabio Montaigne la Historia, que para Mme. de Sevigné es un viaje á otros tiempos, en que la diversidad nos da conocimientos y luces.

La Historia nos ayuda á ser buenos merced á la virtualidad y eficacia de los buenos ejemplos que nos ofrece.

Como se ha dicho, las acciones de los hombres que nos han precedido en la tierra, como las de los que viven con nosotros, ejercen sobre nuestro carácter, y por lo tanto sobre nuestra conducta, una influencia profunda. Si el pasado irradia sobre el presente y el porvenir, las almas desaparecidas reviven en las generaciones nuevas, á las que parece que alientan y guían por el camino de la existencia; por lo cual se dice con profundo sentido que los *muertos gobiernan á los vivos*. Por todo esto ha dicho un excelente consejero de los niños:

«No hay método más seguro para llegar á ser buenos, y sin duda para llegar también á ser grandes, que vivir desde un principio en relación con los hombres grandes y buenos. No hay sermón que valga lo que el ejemplo de un grande hombre.»

La Historia nacional, que es como *el alma de la patria*, ofrece innumerables ejemplos de heroísmo, de abnegación, de virtudes cívicas, de bondad, en una palabra, que enseñan á ser buenos; por lo que todos debiéramos conocerlos á fin de poder imitarlos en lo posible, cada cual según sus energías, aptitudes, gustos é inclinaciones.

Leed, pues, queridos niños, en el gran libro de la Historia, en cuyas hermosas páginas aprenderéis mucho de lo que se necesita para saber amar á la patria y comportarse con ella como buenos y virtuosos.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA





---

## \* NUESTROS GRABADOS \*

---

### LOS NIÑOS DE FRANCIA

---

**D**E un salto nos trasladaremos ahora desde América al continente europeo, deteniéndonos en Francia para visitar á los niños que allí hay.

Todas las naciones tienen sus atributos particulares, no solamente por el idioma, sino también por el carácter, el traje, la educación, las diversiones y la religión. Las diferencias se observan hasta en la infancia, y así la vida del niño, lo mismo en Francia que en otras partes, tiene sus rasgos distintivos.

El niño y la nodriza de una gran dama parisiense son dos tipos especiales. La segunda suele ser de Borgoña, y generalmente se caracteriza por su cara redonda, ojos negros y frescos colores. Por lo regular lleva en la cabeza una papalina bordada, cuyas cintas son tan largas que llegan hasta más abajo de la cintura. Un sencillo vestido de color y un delantal blanco completan el traje, que puede variar, sin embargo, según el gusto de cada cual.

La educación del niño comienza pronto, bien sea en la misma casa de la familia, ó ya en las escuelas. A los muchachos se les envía pronto á los *liceos* ó colegio, y desde el primer día que asisten á ellos se les impone el uso de un uniforme. Es muy difícil que los chicos estén ociosos, porque casi siempre tienen á sus ayos ó tutores á la vista, hasta cuando juegan.

Aunque los muchachos franceses son muy comunicativos y habladores, se ven obligados á guardar silencio durante las horas de escuela, y al que desobedece se le castiga. Gracias á esto, las horas dedicadas á la clase son más provechosas para los chicos.

Es costumbre en París, como en otras capitales, que los encargados ó pasantes de colegio lleven los alumnos á paseo para que puedan recrearse un poco en los parques y jardines, como los del Luxemburgo y de las Tullerías, y también los espacios libres inmediatos al Palais Royal (véase el grabado). En los Campos Elíseos, en las magníficas avenidas del Parque Monceau y en



el Bois de Boulogne se ven igualmente numerosos niños de diversas edades, que se entregan allí á sus juegos. Entre estos últimos, los más comunes son el aro, las billas, los bolos y el volante, según se indica en nuestros diagramas; pero hay otros muchos que no nos detendremos á enumerar aquí, si bien haremos mención de uno que al parecer tiene mucho atractivo para los niños, y el cual se reduce á introducir varias bolas en la boca de una enorme cabeza que representa la de un gigante, regalándose algún objeto á los que demuestran más habilidad.

Para los niños franceses hay muchos días de fiesta; pero la más general para todas las escuelas es el jueves, contándose otra que tiene mucha mayor importancia, y es la de Año Nuevo. En tal día llueven los regalos por todas partes, y muy pobre ha de ser el niño que no reciba alguno; de modo que por las calles y plazas se ven chicos cargados de juguetes. Los días de Pascua son también muy celebrados por la pequeña generación. Para las niñas no suelen faltar entonces muñecas y flores y otros regalos. Las que son algo crecidas prescindirían de sus juegos para no manchárselos, pareciendo que la vanidad es uno de los caracteres distintivos.

Cuando las niñas comulgan por primera vez, van vestidas de blanco, y los niños llevan una cinta de este color en el brazo; pero los que pertenecen á las instituciones caritativas visten de azul, así como los de las escuelas de convento.

Concluimos este artículo diciendo que las familias acomodadas de Francia no visten en rigor á sus niños, y que más bien los adornan; mas no debemos censurar esto, pues cada país tiene sus costumbres y es preciso respetarlas, limitándonos á la observación y al estudio de ellos.

### EL TE DE NATALIA

La niña Natalia tenía mucho empeño en dar un te, como lo harían las personas mayores; y tanto importunó á su mamá pidiéndole permiso para ello, que al fin ésta consintió.

—Y ¿á quién te propones convidar?—preguntóle.

—No sé,—contestó la niña;—pero no faltará alguno.

Efectivamente, Natalia tenía tres muñecas, un perrito y tres gatos; y, provista de una tetera y de una jarrita de leche, trasladóse al prado vecino seguida de los animales y llevando en brazos las muñecas. Allí se dió el te, que, como ya se comprenderá, fué solamente para la niña, pues los gatos y el perro se contentaron con un poco de leche.





## MUSICA ME JUVAT Ó DELECTAT

## (Conclusión)

—Después... Pues figúrese V. que las niñas se estaban pegando durante todo el tiempo de la lección. «—Me has dado un codazo.—Tú que me has arañado.—Tomas todo el sitio.—¡Ya se lo diré á mamá!» Y esto, y lo otro, y lo de más allá. Como V. comprenderá, eso acabó por fastidiarme.

—Lo comprendo muy bien. Nada más que de oírsele referir á V. ya estoy fastidiado.

—Entonces me decidí á comprar un piano más grande.

—¡Gigantesca idea!

—¿No es verdad? Me tomaron el mío por 200 francos y mediante 2,200 de más tuve un buen piano de cola. Pero ¡vea V. ahora qué golpe de teatro!

—¡Hable V.! ¡Me tiene V. en ascuas!

—Nunca olvidaré eso. Eran las cinco... ó las cinco y treinta y cinco. No lo recuerdo exactamente, pero no le hace.

—Absolutamente nada le hace.

—Llevan el piano. Mi mujer coge la lámpara... Aun la veo. Las niñas nos siguen... La criada... ¿Sabe V. Catalina? ¿La anciana Catalina? Catalina llega también á la antesala, con la palmatoria en la mano. Abrense todas las puertas de par en par, y...

—¿Y?...

—Y el piano hace su entrada solemne.

—¿Y qué?

—Que no cogía en el salón.

—¡Ay, ay, ay, ay!...

—Mi mujer se enfada...

—Naturalmente.

—Las niñas lloran. Catalina, que no gusta de músicas, dice: «—Bien hecho, etcétera, etcétera.»

—¡Pobre señor B.! ¡Qué historia tan conmovedora me ha contado V.! Y ¿qué ha hecho V.?

—Pues vea V.: he dejado abierta la puerta de mi dormitorio y hemos pasado por ella la cola del piano, que de esta manera se encuentra mitad en el salón y mitad en mi cuarto.

—Pero eso debe estorbarle á V. mucho para vestirse y...

—En efecto, me estorba un poco, pero mi mujer lo ha querido.

—¡Oh! ¡En este caso...!

## LA COMPRA DEL PIANO

Calle de Mail, en casa de Erard.—Quidant acaba de ensayar un piano resplandeciente: ¡el piano de nuestros sueños!—Ha tocado el *Vals del afinador*, la *Plegaria de Moisés* y *La caja de música*. Las señoras quedan pasmadas; el caballero permanece frío.

—Y ¿vendéis ese piano?

—Por 3,000 francos.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Qué aprisa, hombre! ¡3,000 francos! Es mucho dinero. Por 3,000 francos es muy pequeño ese piano. ¿No te parece, Valentina?



- ¡Por Dios, papá! Es como todos los pianos de media cola.  
 —Vamos, caballero, vamos: vea V., á mí me gusta la música por sí misma, platónicamente. El mueble no tiene nada que ver en el asunto.  
 —Permítame V...  
 —¿Si sabré yo lo que es un piano? ¡Qué diablo! Preferiría tuviese algunas

notas de menos y sólo costase 800 ó 1,000 francos. Hay una porción de notas que no sirven nunca.

—¿Cómo?... ¿Cómo?...

—Sí, señor. Le he oído decir á mi hija, no una, sino cien veces, que detestaba los trozos en *re bemol* y *do diesis*, y soy de su parecer. Hé ahí, pues, ya dos notas completamente inútiles. Decimos dos notas... siete octavas... dos por siete, catorce. Eso hace ya catorce notas de más para empezar.

—Sin embargo, caballero...

—No soy ningún niño, ¡qué diablo! y no va V. á enseñarme á mí lo que es un piano. Pero, en fin, como le he prometido á mi hija un instrumento de vuestra

casa y no tenéis sino de esta manera, no me queda más remedio que ceder. Vamos á ver: ¿cuántas notas hay, en total, en ese piano?

—Setenta y dos.

—Eso hace por nota, decíamos: setenta y dos por tres mil, da...

—¿Quiere V. una pluma y tintero?

—Gracias: calculo más fácilmente de cabeza... Pongo cuatro. En ciento veinte, una vez, quedan cuarenta y ocho; y van seis. Me quedan cuarenta y ocho todavía. ¿Sabéis que eso hace 41 francos 66 céntimos por nota?

—No cuenta V. las ruedas del piano y los candeleros, que habría que deducir.

—Es igual: es muy caro. Vamos, ahí van los 3,000 francos; pero añádale V. algunas notas más *¡por aquí y por allá!*...

Y todas esas gentes les dirán á Vds. que adoran la música.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Melina: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
 RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA



El te de Natalia